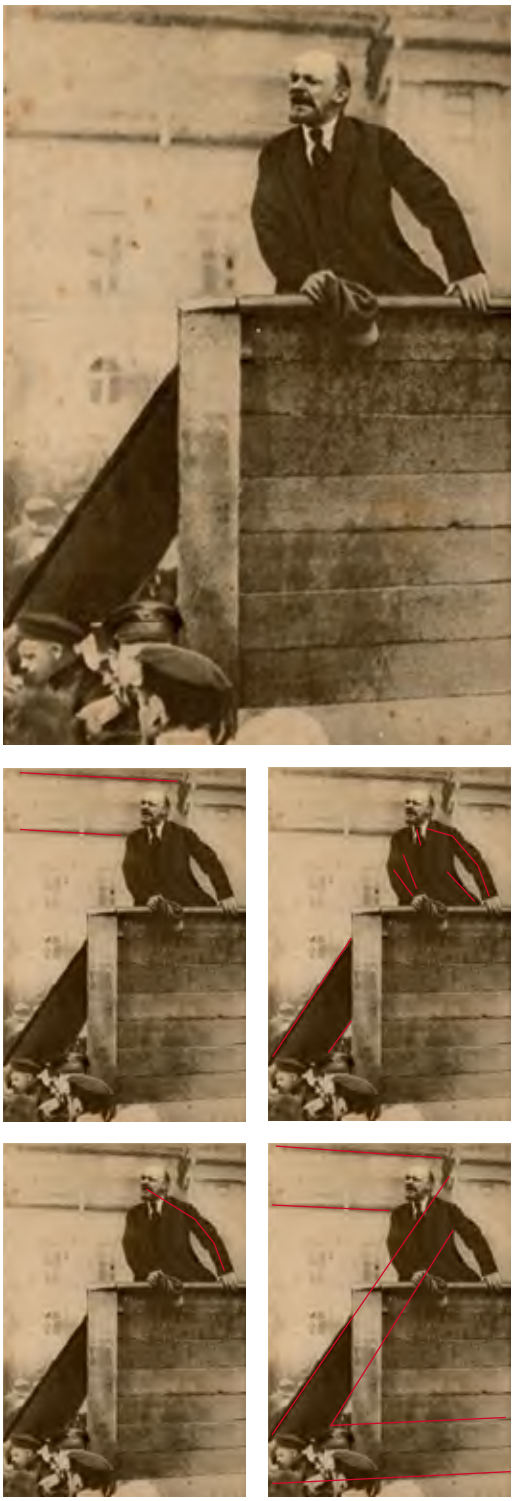
Grigory Goldshtein: «Lenin en la plaza Roja presentando un monumento temporal a Stepan Razin», s. f. [¿mayo de 1919?]



Grigory Goldshtein: «Lenin dirigiéndose a un desfile de tropas destinadas al frente polaco en la plaza Sverdola», mayo de 1920

Fotografía e historia: a propósito de las imágenes de Lenin y Stalin

Jesús González Requena

El dinamismo de la Revolución —pues toda revolución es antes que nada dinamismo, el de una energía emergente que desborda las formas y las instituciones de antaño— permanece visible (ha dejado su huella) en las imágenes del Lenin que ya ha tomado el poder.

Si su victoriosa y dominante figura se recorta sobre las nubes del fondo, si se afirma erguida en una imagen netamente dominada por la verticalidad, no hay, sin embargo, vertical alguna en ella. Todas sus líneas —tanto las de su cuerpo como las de la ropa que viste— son líneas dinámicamente inclinadas. Incluso la base sobre la que la figura se eleva se resiste a dibujar una línea horizontal; por el contrario, también ella se inclina para apoyar el movimiento global.

Así, si el brazo derecho se levanta en una casi perfecta diagonal, el izquierdo no cuelga vertical: tiene la angulación dinámica (la tensión muscular) que se aprecia en su puño cerrado. De hecho, la línea mayor que dibuja el brazo derecho alzado descubre toda su potencia cuando se constata que prolongada concluye en él. La palma de la mano derecha está abierta, pero se ve oscurecida. Intensamente iluminado, por contra, se muestra el puño de la mano izquierda; allí se concentra la energía que se despliega por vía del vector, casi una flecha, que dibuja el brazo derecho alzado.

De modo que la energía desencadenada por la Revolución habita la imagen, a la vez que se ve configurada y orientada en la figura del líder capaz de dirigirla y en la decisión de su gesto.

Un líder decidido, tenso y dinámico, enérgico y afirmativo.

Todo en su cuerpo dibuja líneas vigorosamente inclinadas, aunque de nuevo manda la vertical, aquí definida por las aristas del lateral del podio desde el que Lenin se dirige a la multitud, un podio solamente construido con madera; primario pero sólido, como aparentan las líneas horizontales bien ligadas de sus listones rectos. Abajo hay bullicio y desorden, pero del apoyo izquierdo del estrado surgen las diagonales que ascienden directamente hacia el líder, concluyendo en su mismo pecho, de modo que ese bullicio se resuelve arriba en energía, en el vigor del cuerpo del orador, en su rostro decidido y en su palabra.

Porque el líder está hablando y todo su cuerpo traduce la energía y el dinamismo de sus palabras: si sus manos se afirman sólidamente en el canto del podio, su tronco se inclina hacia delante, en la dirección en la que proyecta su discurso, y los brazos, ligeramente arqueados, enfatizan esa inclinación que es, por cierto, la opuesta a las de las diagonales ascendentes de la izquierda.

La revolución ha llegado al mundo de la representación y, sobre todo, a ese que fue siempre uno de sus territorios privilegiados: el del retrato del gran hombre, definido por el gesto con el que posa para la historia. En su participación en esa tarea, la fotografía se vio sometida en un primer momento a los modos y usos canónicos de la pintura, pero cuando comenzó a insertarse en el presente inmediato del acontecimiento, por efecto de la brevedad en su captura de imágenes, otro modo de retrato se hizo posible.

El líder no solo habla: la decisión de su palabra, su voluntad performativa, queda acreditada tanto por el extremo dinamismo de su posición como por la evidente tensión de todos sus músculos, que invisten a su figura del aspecto de un felino dispuesto para el ataque. Por lo demás, ¿acaso las cornisas y canalones del edificio del fondo (en la zona más alta de la fotografía) no encuadran la cabeza del orador? También proyectan intensamente

su palabra con esa ligera inclinación hacia arriba y a la izquierda, en todo convergente con la posición de la cabeza del personaje. Lo que se ve sin duda acentuado por el enérgico arco que desde la mano izquierda, bien afirmada en ese estrado a la vez recio e improvisado, sube por su antebrazo y su brazo, y prosigue por su hombro hasta concluir en su boca.

Nada hay ahí encima del desorden bullicioso de abajo: la palabra del líder se proyecta en concentrada, directa y amplificada linealidad.

Se descubre así una suerte de Z intensamente dinámica; si su base está ligeramente inclinada hacia abajo, su línea superior, en cambio, introduce la inclinación inversa, ascendente como la posición misma del rostro del líder. Una Z, en suma, poderosamente energética, que impone a la imagen su impronta, y al gesto del personaje, nuevamente, su plenitud.

¿Cuánto tarda en desaparecer esa energía, cuándo se detiene el dinamismo que ella misma ha generado?

En todo caso, ha desaparecido casi totalmente aquí, donde la figuración de los dos conductores de la Revolución busca petrificarse en un universo de verticalidad que parece decidido a abolir todo dinamismo.

Mas ello requiere de un cierto trabajo. Pues es un hecho que sobrevive todavía, incluso en la piedra, algo de aquel dinamismo que acompañara siempre a la imagen Lenin. Así ese ligero apuntar hacia delante, una pierna más avanzada que la otra, como si un nuevo paso aguardara todavía; la cabeza ladeada en la dirección del movimiento, el brazo izquierdo en ángulo recto, ceñido a la cintura del cuerpo que prosigue su avance mientras que el derecho, ligeramente atrasado, mantiene —como sucediera con el brazo izquierdo de la imagen con la que abriéramos este texto— la justa inclinación, suficiente para demostrar que nunca nada en su musculatura habría conocido la relajación ni la pasividad.

Pero ese ya disminuido dinamismo en trance de petrificación encuentra su punto de detención definitiva en la afirmación estática de la figura de Stalin, cuyo antebrazo concluye en una mano cerrada sobre su mismo pecho, mientras que en su cuerpo, bien plantado sobre sus pies, se aprecia ese ligero arqueamiento hacia atrás, en la actitud de campesino satisfecho, que puede apreciarse en tantas de sus fotografías.

Pero volvamos al Stalin de nuestra estatua.

Gira la cabeza hacia su derecha, en dirección a su predecesor y maestro: contempla, no sin admiración y respeto, pero también sin gesto alguno de sumisión, su mirada, siempre elevada, patentemente dirigida hacia el horizonte futuro que adivina. La contempla, la mide, la evalúa y se reconoce en ella como la encarnación misma de ese futuro, como su realización y su detención definitiva. Entre ambos líderes, el gran estandarte en cuyo centro el orbe entero, también él petrificado, ha recibido ya la impronta del símbolo del comunismo.

Por supuesto, ningún movimiento abajo, donde ni siquiera ser humano alguno tiene cabida, pues la superficie entera que rodea a las figuras pétreas está ocupada solo por un sinnúmero de pequeñas banderas —como si ellos mismos, los personajes esculpidos, fueran las únicas auténticamente grandes, las definitivas banderas.

Cesa pues, finalmente, todo dinamismo en la conjunción de esas dos gigantescas figuras que ciñen un mundo tan petrificado como ellas mismas. Sería poco decir que ha retornado el tiempo eternizado del antiguo retrato pictórico, del que por lo demás conviene recordar ahora que fue también desde el origen más bien un gesto escultórico. ¿Pues acaso no era esa su voluntad mayor?: capturar el gesto esencial, el que devolvía la identidad nuclear del personaje y, literalmente, inmortalizarlo, por la vía de su captura y petrificación —pues la piedra de la escultura era, antes que nada, garantía de perennidad frente a la fragilidad de los pigmentos y las telas de la pintura.

Arriba: Autor desconocido: «Monumentos a Lenin y Stalin en la celebración del XX aniversario de la Revolución de Octubre en la plaza Roja de Moscú», 1937.
Derecha: Yevgeny Khaldei: «Stalin y Truman en la conferencia de Potsdam», 1945

Ante imágenes como esta, por eso, casi deberíamos desdecirnos de lo que es obligado a considerar uno de los rasgos mayores de la fotografía, ese que permite apresar el tiempo del instante haciéndolo perdurar en su inmediatez y en la fugacidad de su dinamismo. Pues en esta fotografía es bien evidente hasta qué punto la temporalidad misma ha sido totalmente abolida: solo hay en ella gestos petrificados, estandartes, telas y telones; todo se ha paralizado en una escenografía estática volcada a un ensueño de eternidad.

Notablemente, lo que sigue en Stalin, tras ese absorber la mirada de Lenin, no es su reencarnación ni su relanzamiento, sino su opacamiento absoluto bajo la forma de un cada vez más acentuado ensimismamiento.

Así, en esta fotografía coral, donde es bien evidente que Stalin no mira a nada ni a nadie, pues tan solo se halla ensimismado en su absoluta centralidad, frente al extremo dinamismo, netamente centrífugo, de la Z leniniana y como su opuesto absoluto, se impone ahora la jerarquía de un centro soberano en su total estatismo.

Ciertamente, está entre muchos, pero, aunque rodeado por ellos, es patente la proclamación de su soledad. De hecho, a diferencia de todos los otros, él es el único en tan apretada fotografía cuyo cuerpo no se roza con los que lo rodean, pues estos, en extremo respetuosos, se aprietan con los otros que tienen junto a ellos dejando en torno al jefe el aire necesario. Por lo demás, todos ellos son bien diferentes de él, pues todos ellos miran (la gran mayoría hacia la cámara, solo cinco en otras direcciones). Todos, en cualquier caso, repitámoslo, miran. Todos excepto él.

El no mira, y su ausencia de mirada comparece como la afirmación extrema de densidad: él es el lugar central, el núcleo en torno al cual todo lo demás gravita. ¿Acaso los hombres de la zona inferior izquierda de la imagen no se giran hacia la derecha, contraponiéndose a la dirección de los que se encuentran en la zona opuesta? Lo que da a la imagen la sugerencia de circularidad que potencia aún más si cabe esa señalada centralidad.

Insistamos en ello: la dinámica Z de la Revolución se ha convertido en un centro absoluto que absorbe toda energía, la concentra y la paraliza; el dinamismo del líder revolucionario se ha visto sustituido por la estática centralidad del jefe.

Prestemos un suplemento de atención a esos hombres que rodean al caudillo. Casi todos están preocupados por estar en la foto, por dejarse ver en ella y, así, en proximidad al jefe, lograr ser. Lograr ser, logrando ser fotografiados junto a él, en torno a él, participando de su calor…, aunque, en rigor, nada en la fotografía acredita que exista ahí, en ese centro que Stalin encara, calor alguno; es incluso más fácil acoger la sugerencia de una frialdad extrema de la que hablaría expresivamente ese aire que rodea su figura.

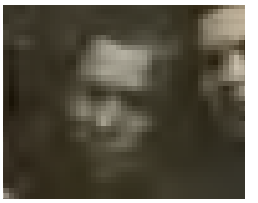
Por eso, la gran mayoría de los presentes miran a la cámara, no sin inquietud, atentos al modo como esta acusará su presencia en la fotografía que está en trance de producirse. Se encuentran absortos en su posar, en su esfuerzo por dejar posada en ella la imagen en la que desearían reconocerse.

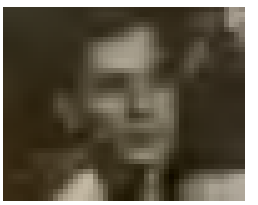
Pero hay cinco que no.

Dos de ellos —seguramente porque son los que carecen de mayor ambición, quizás también porque conocen sus limitaciones para moverse con desenvoltura en los territorios del poder—, lejos de esforzarse en posar como los otros, dirigen su atención con interés al jefe (especialmente el primero), incluso con cierto distante escepticismo (más acusado en el segundo).

Otros dos, en cambio, miran sin mirar. Y así se ponen en escena como los que pierden su mirada en el más allá. Podrían ser o podrían verse a sí mismos siendo los más abnegados, los más decididos a entregarse a la inmensidad del proyecto común, como si olvidaran su estar ahí. Como si, asaltados por un suplemento de idealismo, llegaran incluso a olvidarse

Ivan Shagin: «Stalin y miembros del Gobierno soviético entre periodistas y fotorreporteros (Evzerikhin, Khalip, Loskutov, Shagin, Voroshilov, Zelma y otros)», 1939





de que están donde están, posando en la fotografía que se conforma en torno a jefe. El segundo de ellos, el que cubre con sus manos los hombros del sujeto que tiene delante, ¿no podría haber calculado la posibilidad de que la mirada del jefe —si por un momento saliera de su opacado ensimismamiento, si se elevara solo un poco hacia arriba— pudiera llegar a apreciar la intensidad abnegada de su gesto?

Y resta todavía uno, el quinto, quien a simple vista podría parecer de la misma índole de estos dos anteriores, pero que no llega a serlo del todo, pues la grávida presencia del jefe, tan cerca de él (inmediatamente a su espalda), tan próximo e invisible, parece pesar sobre él como una carga que nubla su mirada hasta el límite del temblor, impidiéndole lograr fijar la imagen deseada.

Se trata del mismo ensimismamiento del caudillo que queda cristalizado en su retrato.

Nada le distrae de su tarea. Parece conceder al acto de encender su pipa la misma detenida concentración que el oriental dedica a la ceremonia del té: un presente absoluto que no debe ser interferido por ningún otro foco de atención, por ninguna idea ni pensamiento que pueda nublar la dedicación al acto ceremonial. De lo que podría deducirse que el caudillo domina sus tiempos, que comprende que es inútil anticiparse, que la victoria es de los no impacientes, de los que saben esperar el momento apropiado. ¿Y acaso no apunta un esbozo de sonrisa en la comisura de su boca, como si se burlara de la atención que recibe de todos los que le observan?

La cabeza inclinada hacia la pipa que sus manos rodean —una sosteniendo su cazuela; la otra, la cerilla con la que la enciende—. Y, así, el fuego prendido en el tabaco es absorbido en forma de humo por la cánula hacia la boca en un movimiento ascendente sin salida ni desenlace, pues se cierra en el movimiento descendente que imponen sus ojos concentrados en la cazuela, convertida esta, finalmente, en metáfora absoluta del personaje que absorbe todo fuego y toda energía, que todo lo concentra y detiene en su mismo interior.

En las antípodas, pues, del retrato canónico de Lenin, quien desconoce atisbo alguno de ensimismamiento. De gesto concentrado, netamente autocentrado, se muestra siempre a la vez bien despierto e inquisitivamente atento hacia lo que sucede en torno a él. Su aguda y concentrada mirada declara su analítica percepción del presente inmediato del acontecimiento, pero sobre todo, más allá de este, del futuro de su despliegue.

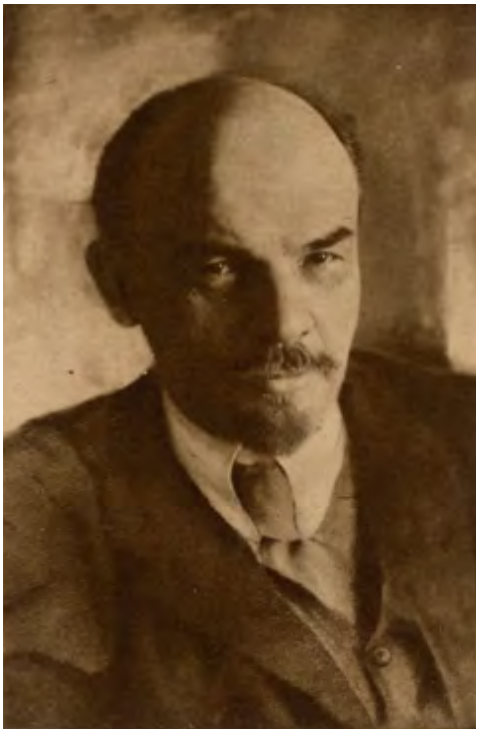
No cesa, pues, de desprender energía hacia el exterior; una energía que, de inmediato, vuelve a él como cálculo y pensamiento: su temporalidad, como decimos, no es ya siquiera la del presente, sino la del instante inmediatamente posterior cuyos signos anticipatorios acecha como el material con el que realizará sus cálculos y tomará sus decisiones.

Nada tan opuesto, entonces, como estas dos figuraciones que nos ofrecen los retratos de los dos líderes comunistas: la de aquel del que emana energía decidida para la acción, frente a la de aquel otro que absorbe toda energía, la condensa y la retiene en su interior.

Es solo cuestión de tiempo —muy poco— para que el dinamismo revolucionario de la imagen de Lenin quede totalmente congelado, a la vez que la fotografía retroceda para devolver su puesto a la pintura.

Sobrevive, desde luego, la huella de la energía concentrada en su mirada. Pero esta ya ha dejado de dirigirse hacia el acontecimiento que prefigura el futuro, para apuntar ahora hacia el presente y para tomar como su objeto no ya el acontecimiento, la situación que este contiene y el proceso del que participa, sino, instalada en todos los rincones de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, pasar a dirigirse a su pueblo o, más bien, a todos y cada uno de los individuos que lo conforman.

Su mirada, siempre inquisitiva y vigilante, adquiere así, para estos, el matiz amenazante que siempre latió en ella, pero que hasta entonces solo había estado dirigida hacia los enemigos



En el sentido de las agujas del reloj:
Max Alpert: «Joseph Stalin», s. f. [¿ca. 1936?];
Moisei Nappelbaum: «Vladimir Lenin»,
s. f. [¿posterior a 1918?];
Moisei Nappelbaum: «Vladimir Lenin
en su oficina, en el Kremlin», s. f.
[¿posterior a 1918?]

de la Revolución. Ahora, en cambio, pasa a presidir un mundo convertido en una gigantesca escenografía donde todos y cada uno, sabiéndose observados, deben estar en su exacto lugar, borrar absolutamente su singularidad y ocupar la posición que la sociedad comunista, en su perfección estática, exige.

Pero volvamos a Stalin. Pues cabe preguntarse, ¿y si en ese interior postulado como el lugar absoluto, el de mayor solidez y densidad, no hubiera nada?

Esa es la intuición que golpea inesperadamente al que, contemplador de las fotografías del pasado en busca de algún atisbo suplementario de saber sobre la historia, ve lo que se manifiesta en el rostro del caudillo cuando abre los ojos y alza la mirada.

Un inmenso bigote oculta una boca sin gesto en un rostro de facciones congeladas y de ojos abiertos, pero absolutamente carentes de mirada.

¿No es una suerte de intensa alienación —pero más en el sentido psicopatológico de la palabra que en el otro, más extendido y de raigambre filosófica— lo que se así da a ver?

Difícil resistir la tentación de ampliar el arco temporal, histórico y político a la vez.

En el centro, la mirada aguda, incisiva, calculadora y exigente del líder que ya ha calculado su próximo movimiento en el tablero de la historia (la realización de la Revolución, la afirmación soberana del poder en el momento mismo de su toma de posesión).

Pero, antes y después, delante y detrás de él, dos imágenes en espejo que parecen excluir la historia que había encontrado en él la imagen pletórica de su dinamismo.
Frente a la indumentaria urbana de Lenin, dos uniformes, en eso vocacionalmente iguales por más que a partir de ello se hagan evidentes las diferencias: el antiguo régimen entero brilla en los dorados galones, botones y estrellas del zar, como la versión campesina del uniforme militar, del todo desprovisto de condecoraciones, inicia con Stalin una moda que no tardará en cuajar en la China comunista. Bigotes semejantemente grandes semiocultando bocas sin vigor, de labios reblandecidos y, diríase, confesando una común dificultad, si no para el habla, sí al menos para su despliegue en oratoria. Y ojos, en ambos casos, que no miran pero que tampoco parecen ver, pues nada sugiere que se hallen sumergidos en la contemplación de una imagen interior. Ojos sin mirada, comúnmente expuestos, por eso, a su vacío, donde el único rasgo diferencial estriba en el vago temor que se adivina en el rostro del antiguo emperador zarista, y que no encuentra equivalente en los del todo vacíos del nuevo emperador comunista. También son diferentes, desde luego, las pieles de sus rostros. Blanda, delicada, la del primero, dura la otra, pero no por obra de la firmeza del gesto, sino por una cierta hinchazón que sugiere abotargamiento, seguramente aumentada por los esfuerzos por ocultar las huellas de la viruela.

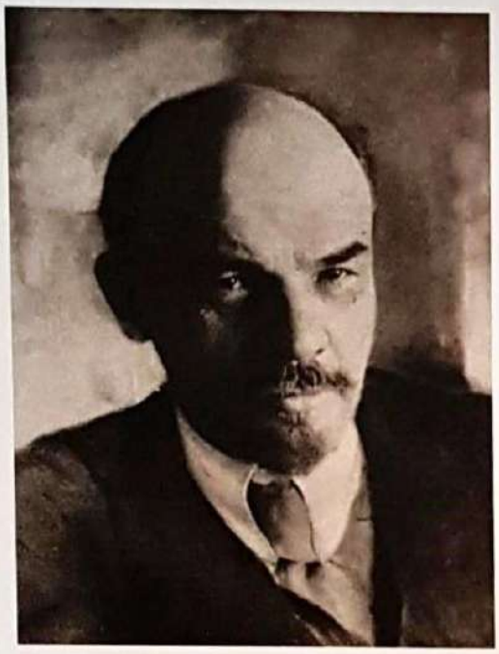
¿Se desprenden, para la historia, lecciones de la fotografía?

Seguramente sí, como lo acredita su capacidad de hacer visible la inteligencia más allá de los abismos ideológicos que pueden llegar a enfrentar a los que de ella participan, tanto como su ausencia y la consiguiente cortedad, cuando no un fondo de alienación. E, incluso, lo uno y lo otro en simultaneidad.

Pues no hay duda de hasta qué punto la siempre bien despierta inteligencia de Churchill había tomado la medida al líder soviético con el que se vio obligado a negociar.

Nada mejor, por ello, que la fotografía para hacer caer ese tópico insistente que lleva a tantos a postular la más brillante inteligencia en los poderosos, como si el halo que siempre acompaña a los que detentan el poder nublara la mirada de los que les contemplan. Lo que, por otra parte, debe llevar a advertir a aquellos que consideran que la poca inteligencia hace de los que la poseen seres escasamente peligrosos y desde luego incapaces de alcanzar el poder.[1]

En el sentido de las agujas del reloj: Wilhelm Wesenberg: «El zar Alejandro II de Rusia», 1871; Moisei Nappelbaum: «Vladimir Lenin», s. f. [¿posterior a 1918?]; Ivan Shagin: «Joseph Stalin», 1937; Georgi Zelma: «Matrimonio en la oficina del Registro Civil en Uzbekistán», 1925; Georgi Zelma: «Campeones de Moscú en la plaza Roja», 1938; Wilhelm Wesenberg: «Isidor (Nikolsky), obispo metropolitano de Nóvgorod, San Petersburgo y Finlandia», s. f. [¿anterior a la década de 1880?]



Nikolai Vlasik (?): «Churchill y Stalin en el Kremlin tras las conversaciones secretas entre los Gobiernos británico y soviético», 4 de octubre de 1944

De hecho, nada nubla la mirada de la fotografía, siempre más próxima en eso a la radiografía que a la pintura.

Y nada mejor, también, para permitir asomarnos a los abismos reales de la historia que los discursos explicativos y causalistas de los historiadores que tratan de evitar y que muchas veces, incluso, llegan a enmascarar. Pues, sin duda, la indiscutible inteligencia y decisión de Lenin queda tan atestiguada en sus fotografías como su pasión absoluta por el poder. Una pasión tan absoluta como la que podemos reconocer en su sucesor, Stalin. En cuyo rostro, sin embargo, la fotografía atisba tanto lo acentuadamente limitado de su propia inteligencia como las manifestaciones de ese fondo paranoico que, hoy en día, ya a muy pocos se les oculta. Y, así, se descubre también lo limitado del radio histórico de la inteligencia del primero, el promotor victorioso de una revolución que en el más breve plazo se vio abocada a colocar a un personaje como Stalin en la cumbre de un poder a la vez petrificado y absoluto.

NOTA

1. Hemos señalado algo semejante a propósito de Adolph Hitler en Jesús González Requena: «Caligari, Hitler, Schreber», *Trama y Fondo. Lectura y Teoría del Texto*, n.º 21, Madrid 2006.